Divulgación

La heterosexualidad como objeto de estudio feminista: Un recorrido histórico

Heterosexuality as a feminist object of study: An historical journey

Andrea Ávila De Garay

Centro de Estudios de Posgrado en Salud Mental, A.C.

Resumen

Los estudios de género sobre sexualidades suelen enfocarse en la diversidad. Cuando se hace referencia a la heterosexualidad suele referirse a la norma, sin embargo, poco se escribe acerca del pasado histórico de la heterosexualidad como patología o como algo socialmente indeseable. Este artículo pretende dar un breve recorrido histórico acerca del término heterosexual: su origen, y la transformación de su significado: de la patología a la norma, de la práctica a la identidad. Se recorren los distintos procesos que el término fue atravesando hasta convertirse en la identidad hegemónica. En este sentido, el texto lo aborda históricamente antes, durante y después de su incursión en el discurso feminista. Se analiza cómo el movimiento feminista, en particular el feminismo lésbico encabezado por Monique Wittig a finales de los años setenta, fue el primero en problematizar la heterosexualidad, destacando su función política y denun-

Abstract

Gender studies on sexuality tend to focus on diversity. When heterosexuality is being referred to, it is usually treated as the norm, however, little is written about the historical past of heterosexuality as a pathology or as something socially undesirable. This article intends to follow the historical path of the term heterosexuality, its origin and the transformation of meaning, from pathology to norm, and from sexual practice to an identity. The different processes that the term went through until it became the hegemonic identity. In this sense, the text approaches this in a historical regard, before, during, and after its incursion into the feminine discourse. This work analyzes the way feminism, in particular the lesbian feminism led by Monique Wittig in the late seventies, was the first to problematize heterosexuality, emphasizing its political function and denouncing it as one of the primary sources of oppression for women. Along

ciándola como una de las principales fuentes de opresión para las mujeres. En conjunto con otras autoras, se muestra cómo la heterosexualidad, desde que se instauró como identidad hegemónica, es poco cuestionada y, por ende, existe aún una vigente necesidad de cuestionar su naturalidad para comprender su influencia como identidad hegemónica en la perpetuación de un sistema patriarcal.

Palabras clave

Sexualidad, feminismo, rol sexual, heterosexualidad, heteronormatividad.

with other female authors, she shows how heterosexuality, since it was established as a hemogenic identity, is rarely questioned and, therefore, there is still an existing need to question its naturality in order to understand its influence as a hemogenic identity in the perpetuation of a patriarchal system.

Keywords

Sexuality, feminism, sex roles, heterosexuality, heteronormativity.

Introducción

Jonathan N. Katz, historiador norteamericano, fue el primero en hacer un recorrido histórico del término heterosexualidad, en su libro titulado *The Invention of Heterosexuality*, publicado por primera vez en 1990, y en el que resaltó que, previo al momento histórico a finales del siglo XIX, no existía una clasificación de las variantes de los actos sexuales como patológicos o normales ni tampoco existía una identidad asociada a los mismos. No se involucraba la vida íntima con el resto de actividades de la persona, con su trabajo o en sus vínculos sociales, como sucede ahora con la identidad heterosexual y sus otredades, las llamadas identidades sexuales diversas.[6] Coincide Oscar Guasch al decir:

> Con la sexualidad sucede lo mismo que con la alimentación: Hasta el siglo XIX nadie era distinto de los demás en función de sus gustos sexuales. Pero la intervención médico-psiquiátrica en el ámbito de la sexualidad viene a alterar ese estado de cosas. Desde entonces, la sociedad (y desde los años sesenta, los *gays* y las lesbianas) pretende que a cada práctica sexual concreta corresponde una identidad social específica (Guasch, 2007: 24).

[6] Existe una constante discusión acerca de la gran variabilidad en la que los distintos representantes del movimiento de la diversidad sexual enuncian sus identidades. Si bien el término diversidad implicaría englobar a toda la amplia gama de sexualidades, tan solo engloba a las identidades que no pertenecen a la norma; es decir, cualquier identidad sexual que no sea la heterosexual.

En este recorrido histórico, Katz nos remonta al año 1862, cuando el alemán Karl Heinrich Ulrichs, fue el primero en teorizar acerca del hombre que amaba a los hombres, identificándolo con el término *uranista*. Por su parte, Karl María Kertbeny, otro escritor pionero en el estudio y reformas de las leyes sexuales, enviaba continua correspondencia a Ulrichs por la misma época, en la que le compartía los términos que había acuñado para realizar sus propias clasificaciones sobre la conducta sexual. "Kertbeny acuña la palabra homosexual en 1869 para denominar a las personas cuyo deseo y actividad sexual era homoerótico" (Suarez, 2013: 21). También utiliza el término heterosexual para denominar a quien mantenía relaciones con el sexo opuesto sólo por placer y la sexualidad normal, que era aquélla que tenía como fin exclusivo la reproducción (Katz, 2012). En este sentido se pone de manifiesto cómo el término heterosexual fue acuñado en contraposición del término homosexual.

Kertbeny en realidad hizo un intento por ayudar a la emancipación homosexual con su invención del individuo heterosexual, pues lo describía como aquél que compartía con el homosexual características de igual fuerza, mostrando un deseo sexual que no tenía fines reproductivos (Katz, 2012).

No obstante, su intento se ve frenado en 1892, cuando el doctor James Kiernan equiparó lo heterosexual con una perversión. Lo vinculaba con manifestaciones anormales del apetito sexual, e incluso las asociaba con una suerte de hermafroditismo psíquico, donde los individuos heterosexuales de manera periódica sentían inclinaciones hacia ambos sexos (Katz, 2012). Para Kiernan los heterosexuales eran anormales, ya que se desviaban de las normas de erotismo y procreación, como una sola cosa. Al no encontrar un punto exacto de común acuerdo, se instauró la discusión en el discurso médico y, posteriormente, surgió la categorización de los actos sexuales como identidades que debían ser nombradas, clasificadas y jerarquizadas, generando de cierta manera la noción de una *sexualidad normal*.

> El modelo de normalidad sexual definido por la medicina a lo largo del siglo XIX es un modelo heterosexual, reproductivo y moral. Es heterosexual porque sólo acepta las relaciones sexuales entre personas de distinto sexo, reproductivo porque rechaza toda práctica sexual que no tenga por objeto la reproducción, moral porque utiliza argumentos presuntamente científicos para condenar la sexualidad socialmente proscrita (Guasch, 2007: 102).

Bajo esta misma lógica, el término heterosexual se inscribe por primera vez en el manual médico de perversiones sexuales, en 1889, en la publicación alemana *Psychopathia Sexualis* del Dr. Richard von Krafft-Ebbing. Este manual se convirtió en un verdadero referente de la sexualidad patológica, el cual no sólo modificó la visión de la sexualidad, sino que la transformó al ser asociada a la medicina, misma que pretendía normalizar la conducta sexual de los individuos y distinguir las pautas de conducta deseables de las que no lo eran.

> De este modo, la represión de la sexualidad no convencional queda plenamente justificada. Ya no se trata de opciones personales que no pueden ser perseguidas. Se trata ahora de patologías que hay que curar, opinen lo que opinen quienes las padecen (Guasch, 2007: 100).

De la patología a la norma

En 1900, el reconocido médico británico, Havelock Ellis, defendía el amor sexual entre hombre y mujer, en su publicación *Studies in the Psychology of Sex*, y también buscaba despatologizarlo. En el primer capítulo del segundo volumen afirma que el instinto sexual normal es heterosexual: "The sexual impulse itself is concerned, heterosexual, that is to say, normal" (Ellis, 2004: 24).

Estos discursos comenzaron a introducirse y aceptarse en buena medida por la sociedad occidental, y así la heterosexualidad se fue normalizando. La primera publicación del término heterosexualidad en el prestigioso diccionario *Webster*, en 1929, se definió como una "pasión sexual mórbida", pero tan sólo cinco años más tarde se modificaría conforme a la tendencia social, y se inscribió como "manifestación de pasión sexual por alguien del sexo opuesto; sexualidad normal". Venciendo con relativa facilidad la oposición inicial, la heterosexualidad se había transformado en la norma (Katz, 2012).

Esta *nueva heterosexualidad* fue el resultado de la institucionalización "de un conjunto de patrones de comportamiento, prácticas y creencias que comúnmente descansa en el presupuesto de la atracción natural permanente que un sexo siente por el sexo opuesto" (Yébenes, 2018: 125). Por un lado, esto reforzó la naturalidad de lo heterosexual como Ellis defendía, pero a la vez se convertiría en una función social y

política, comprendiendo algo más allá de una orientación o deseo sexual: una identidad.

Las crisis económicas y sociales, devenidas de la primera y segunda guerras mundiales, volvían a reclamar a las sociedades occidentales mantener el flujo poblacional y el crecimiento demográfico. La nueva aceptación de la heterosexualidad, cuyo fin último era el placer y satisfacción de quienes llevaran a cabo cualquier práctica sexual, y no la procreación, ponía en riesgo esta necesidad. Esto dispuso el escenario perfecto para que la heterosexualidad transitara de ser un asunto médico, a un tema de interés popular. Se impregnó a la heterosexualidad un nuevo elemento: el amor. Surgiendo así una nueva identidad: la heterosexual, y un nuevo modelo de relación sexual: el romántico.

> La invención de *amor sexual* tenía la intención de distinguir al amorío heteroerótico cada vez más predominante y públicamente ensalzado de la clase media, del antiguo y espiritual amor verdadero de esa misma clase. Ahora, con la aparición del "amor sexual", la atracción erótica entre los hombres y las mujeres debía conducir al amor, el que a su vez debía conducir al matrimonio, el cual conducía a las relaciones sexuales las cuales podían o no conducir a la reproducción (Katz, 2012: 317).

Esto supuso, para el Estado, que toda sexualidad fuera de la norma heterosexual resultara un atentado contra el proyecto de control poblacional. El amor romántico tuvo un rol fundamental en este momento histórico, puesto que coadyuvó a que los individuos orientaran su deseo sexual hacia alguien con quien pudieran formar una familia, o al menos con miras al matrimonio. La educación tuvo un rol fundamental en difundir estas ideas, especialmente en las mujeres. Al asegurar que la niña desarrollara un deseo fuerte por la maternidad, por la monogamia y por la estabilidad amorosa y sexual, era la mejor forma de asegurar la reproducción en serie.

El modelo se acentuó, y no sólo se afianzó el rechazo a cualquier otra sexualidad que no estuviera relacionada con el amor heterosexual, sino que se comenzaron a crear imágenes muy específicas y conceptos de cómo era llevar una vida heterosexual: se instauró la identidad sexual hegemónica.

Poco a poco la heterosexualidad dejó de ser un término de exclusivo uso médico y se convirtió en la identidad popular y deseable. Esto implicaba que todo lo que las personas hicieran debía tener un tono o tinte heterosexual, y dio paso a que los estereotipos de la feminidad y masculinidad se vieran fuertemente sobrevaluados.

La heterosexualidad se afianzó y comenzó a marcar las pautas de comportamiento social, sexual y familiar. Al ser la norma, mantenía todo lo demás fuera del alcance de un estatus moral aceptable. Esto fue creando la noción de que existía una indiscutible división de lo que se denominaba femenino como propio de las mujeres —heterosexuales— y lo masculino como propio de los hombres —heterosexuales—, y poco a poco se fue instituyendo una heteronormatividad.[7]

Argumentación

Consecuencias de la heterosexualidad en las mujeres

En el caso de las mujeres, la instauración de un rol e imagen heterosexual —deseable— implicaba una postura pasiva que era fuertemente alimentada por los medios de comunicación, el discurso científico y las costumbres sociales, que ensalzaban el rol de la maternidad como parte fundamental de la identidad femenina.

> Esa imagen que yo denominé —la mística de la feminidad estaba tan omnipresente— nos llegaba a través de las revistas femeninas, las películas y los anuncios televisivos, así como de todos los medios de comunicación y de los manuales de psicología y sociología (Friedan, 2009:18).

Las consecuencias que esto trajo, en particular para las mujeres, fue una limitación de su rol a los patrones establecidos para los fines reproductivos de la época. Como efecto, quedaban relegadas al cuidado familiar y servían como sostén del hogar, su identidad como mujeres era aquélla que surgía en dependencia al rol familiar de hijas, esposas, hermanas, madres, etcétera. En alguna medida se les definía en función de

[7] Heteronormatividad es un concepto propuesto por Michael Warner para definir el proceso en que la heterosexualidad como régimen político se interpreta a sí misma como si fuera la sociedad completa, dejando fuera e invisibles todas las demás posibilidades sexuales e identitarias (Suárez, 2014).

su relación de género con los hombres como esposa o madre de, como objeto sexual o como ama de casa (Friedan, 2009).

Esta visión acerca de las mujeres fue confrontada por primera vez en 1949 cuando la filósofa francesa Simone De Beauvoir, publicó su obra *El segundo sexo*, donde cuestionó la lógica de este rol de género que para entonces se había naturalizado:

> Las relaciones conyugales, la vida doméstica, la maternidad, forman un conjunto en el que todos los momentos están relacionados; si está tiernamente unida a su marido, la mujer puede llevar alegremente las cargas del hogar, si es feliz con sus hijos, será indulgente con su marido. Sin embargo, esta armonía no es fácil de realizar, porque las diferentes funciones que le corresponden a la mujer no combinan bien entre ellas. La prensa femenina enseña profusamente al ama de casa el arte de conservar su atractivo sexual, mientras lava los platos, de seguir elegante durante el embarazo, de conciliar coquetería, maternidad y ahorro, pero la que se obligue a seguir con precisión estos consejos pronto quedará descompuesta y desfigurada por las preocupaciones (De Beauvoir, 2000: 323).

En este reflexivo trabajo puso de manifiesto los roles de género, —es decir, lo que se espera del comportamiento tanto de hombres como de mujeres— como algo construido, posterior, y no como algo innato. Cuando De Beauvoir (2000: 13) plantea que "no se nace mujer, se llega a serlo", puso sobre la mesa un planteamiento novedoso y disruptivo; la construcción de la identidad de una mujer es un proceso, es dinámico y no tiene nada de natural.

> El gran malentendido sobre el que descansa este sistema de interpretación es que se admite que es *natural* para el ser humano hembra convertirse en una mujer femenina: no basta con ser heterosexual, ni siquiera madre, para realizar esta idea. La "mujer, mujer" es un producto artificial que fabrica la civilización como antes se fabricaban castrados; sus supuestos —instintos— de coquetería, de docilidad, se le insuflan como al hombre el orgullo fálico (De Beauvoir, 2000: 163).

En este punto sienta las bases para cuestionamientos posteriores acerca de la naturalidad del desarrollo del rol femenino heterosexual, convirtiéndose a su vez en un antecedente importante para el posterior desarrollo de Monique Wittig, quien varias décadas más tarde, se convierte en una de las teóricas feministas más relevantes al cuestionar la heterosexualidad hegemónica.

La heterosexualidad en la teoría feminista

La estadounidense Betty Friedan fue quien realizó una primera lectura feminista del texto de De Beauvoir, e inspirándose en éste realizó una investigación donde cuestionaba el rol asignado por los hombres a las mujeres; encontró que la creencia de un rol femenino *natural* limitaba las aspiraciones de las mujeres a la vida familiar y doméstica, sustentadas en esta mística de feminidad como algo *natural* y esencial de las mujeres. Publicó los resultados en su libro *La mística de la feminidad*[8] en 1963.

La obra de Friedan sería considerada como la obra inaugural del feminismo de la segunda ola,[9] y se convirtió en un libro paradigmático para el feminismo, ya que puso en evidencia cómo la educación sexista inducía en las mujeres una falta de identidad que resolvían fácilmente con un matrimonio a edad temprana, y retoma, al igual que De Beauvoir, la idea de que las mujeres vivían su identidad intrínsecamente ligada a su relación con los hombres; cita a una de sus entrevistadas:

> Todo lo que quería era casarme y tener cuatro hijos. Adoro a los niños y a Bob y me encanta mi casa. Nunca hay ningún problema al que pueda ponerle nombre. Pero estoy desesperada. Empiezo a sentir que no tengo personalidad. Todo lo que hago es servir la comida y lavar pantalones y hacer camas; soy una persona a la que siempre puedes recurrir cuando necesitas algo. Pero ¿quién soy yo? (Friedan, 2009: 57).

Esta mística de la feminidad a la que hacía referencia Friedan, pretendía que las mujeres arribaran a un estado de felicidad y plenitud únicamente por ejercer el rol de madres y esposas, y sostenía que nada más era necesario para su satisfacción personal. Betty Friedan —desde una nueva postura feminista— cuestionó que fuera así, puesto que la gran mayoría de las mujeres a las que había entrevistado seguían teniendo un malestar a pesar de cumplir con estas condiciones. "No podemos seguir ignorando esa voz que resuena en el interior de las mujeres y que dice: "Quiero algo más que mi marido, mis hijos y mi hogar" (Friedan, 2009: 69).

Asimismo, Friedan (2009) encontró que muchas mujeres también vivían una fuerte insatisfacción sexual en sus relaciones matrimoniales,

[8] Título original *The Feminine Mystique*.

[9] Se conoce así al momento histórico del movimiento feminista que coincide con el movimiento de la liberación de la mujer de los años setenta.

y en uno de los capítulos finales de su libro elabora las posibles causas. Se centró en analizar la relación entre la satisfacción sexual y la vida intelectual, retomando los estudios de Alfred Kinsey, para explicar cómo el nivel intelectual estaba directamente relacionado con la capacidad de tener orgasmos. Sin embargo, llama la atención que la autora en ningún momento planteó la opción de que, quizás, algunas de estas mujeres se sintieran insatisfechas porque no eran heterosexuales, o porque su deseo no encontrara cabida en la vida íntima con un varón. Es decir, no cuestionó ni dejó asomar la posibilidad de que algunas de estas mujeres no fueran heterosexuales, y por ello se sintieran insatisfechas con su vida sexual. De esta manera, pareciera que Friedan, a pesar de la ruptura paradigmática que su libro significó para el movimiento feminista, aún sostenía el modelo hegemónico de la heterosexualidad como la única sexualidad normal, incluso invisibilizando cualquier otra.

En su libro habla de las mujeres en términos de dos grupos: las casadas y las que esperan casarse. Esto parece mostrar una visión reducida, probablemente por su propia educación permeada por el discurso heterosexual —y heteronormativo— de la época. Pasa por alto incluso, el aspecto más revelador del informe Kinsey, aquél que lo hiciera tan relevante en su época: la escala de la hetero-homosexualidad.[10]

Por su alto *estatus* dentro del movimiento feminista, la postura heteronormativa de Friedan marcó la tendencia del feminismo internacional de la segunda ola: un feminismo blanco y todavía heterosexualizador.

La invisibilización de las otras mujeres en el movimiento feminista

Muchas mujeres no-heterosexuales no se sintieron representadas por este movimiento supuestamente *universal* de mujeres, puesto que, al hablar de *mujeres*, en realidad sólo se representaba a las mujeres heterosexuales como un grupo homogéneo que no consideraba otras variables, como raza o clase social. La despatologización de la heterosexualidad implicó en esta medida que las demás posibilidades de identidades sexuales fueran duramente

[10] Una aportación novedosa de Kinsey y sus colaboradores fue que cuantificaron la heterosexualidad y homosexualidad en una escala *continua* de 0 a 6. Se asignó 0 en dicha escala a los individuos cuyos contactos y experiencias sexuales tenían lugar exclusivamente con individuos del sexo opuesto y 6 a los individuos exclusivamente homosexuales. Esto se basó en la experiencia y reactividad heterosexual y homosexual, en cada historia (Saavedra, 2006).

relegadas por no convenir a los intereses del movimiento. La postura de Betty Friedan era clara, percibía a las lesbianas como una amenaza[11] para el movimiento de mujeres. Este hecho comenzó a generar resentimientos en las feministas lesbianas que no se sentían representadas por las líderes de este feminismo heterosexual y, en alguna medida, lesbofóbico.

Consideraban también que la invisibilización de otras identidades sexuales tenía implicaciones políticas para los grupos que no cumplían con los estándares hegemónicos, y que de alguna manera seguía manteniéndose el amor sexual, heterosexual y reproductivo como un medio patriarcal de control de las mujeres, imposibilitando una verdadera emancipación.

Así, la feminista norteamericana Rita Mae Brown convocó a un grupo de mujeres feministas lesbianas y juntas irrumpieron en el *Second Congress to Unite Women* en 1970, distribuyendo el manifiesto *Woman-Identified Woman*[12] firmado por las *Radicalesbians*[13] para mostrar su inconformidad con la exclusión política y discursiva de las feministas heterosexuales hacia las lesbianas.

> ¿Por qué las mujeres se han relacionado con hombres y a través de los hombres? Por el hecho de haber sido educadas en una sociedad masculina, hemos interiorizado la definición de nosotras mismas hecha por la cultura masculina. Esa definición nos ve como seres relativos, que no existen por sí mismos, sino para servir, mantener y confortar a los hombres (Radicalesbians, 1970).

Aquí se perfilaba ya un cuestionamiento más directo acerca de cómo la identidad de mujer había estado siempre definida por la relación heterosexual con los hombres y no como algo independiente o autónomo. En este acto se manifestó que la heterosexualidad no sólo representaba una elección romántica o sexual, sino una identidad con carácter político:

> (Women-Identified Women) mujeres que anteponían a otras mujeres en lo afectivo, en lo social, en lo político y en lo sexual, desplazando así el contenido sexual del lesbianismo para subsumirlo en

[11] En 1970 se hizo conocido a través de Susan Brownmiller, militante de National Organization for Women (NOW), que Betty Friedan se refería a las lesbianas feministas como una *amenaza lavanda* para el movimiento feminista.

[12] *La mujer identificada con mujeres* se distribuyó en 1970 y se publicó en 1972.

[13] Grupo de lesbianas radicales que se unieron primero bajo el nombre de *Amenaza lavanda* como respuesta a los comentarios lesbofóbicos de la presidenta de NOW, Betty Friedan. Entre ellas: Artemis March, Lois Hart, Rita Mae Brown, Ellen Shumsky, Cynthia Funk, y Karla Jay.

> el territorio ideológico de lo político; además se atrevieron a pensar la hetero y homosexualidad como construcciones de la cultura (Suárez, 2013: 29).

Había para entonces una fuerte coincidencia con el pensamiento de la escritora francesa Monique Wittig, quien para ese mismo año formaba ya parte de un movimiento de feministas materialistas en Francia. Este grupo tuvo también su punto de partida en la obra de Simone De Beauvoir, de cuya obra hicieron una relectura crítica, generando un movimiento de carácter profundo y original (Curiel y Falquet, 2005). Sus integrantes principales: Colette Guillaumin, Christine Delphy, Nicole Claude Mathieu, Paola Tabet y Monique Wittig, representaron un pensamiento de gran coherencia interna, formando un conjunto histórico-político muy específico alrededor de una nueva identidad política que hacía contrapeso a la identidad heterosexual: *la lesbiana*.

> El pensamiento lesbiano y el movimiento lésbico surgen a la par que el movimiento homosexual y en estrecha relación con la producción feminista. Esta retroalimentación entre diferentes movimientos plantea un importante trabajo político e intelectual que tiene repercusiones en el campo legislativo, la política, la regulación de la sexualidad y la academia (Fuentes y Pineda, 2018: 219).

Monique Wittig: La heterosexualidad en tela de juicio

Es en este marco que apareció *El pensamiento heterosexual* (1980), ensayo clave en el que Wittig reúne la suma de todo el pensamiento de las feministas materialistas de su grupo en una sólida argumentación. Esto, sin embargo, supuso no sólo una división del movimiento feminista entre heterosexuales y lesbianas, sino un quiebre epistemológico para el feminismo.

Con la frase "Las lesbianas no son mujeres", Monique Wittig marcó un hito en el movimiento feminista. Y es que con ella terminó (en 1978) un discurso[14] que, además de poseer gran fuerza crítica, marcó su postura política radical. La propuesta de Wittig planteaba que siendo mujeres (heterosexuales) no se podría salir del sistema patriarcal porque la categoría oprimida de mujeres reforzaba y sostenía la categoría de

[14] Monique Wittig leyó este ensayo por primera vez en el marco del Congreso Internacional sobre el Lenguaje Moderno, que tuvo lugar en 1978 en Nueva York.

hombres, así que sólo una lesbiana era capaz de desafiar al sistema patriarcal, renunciando a su categoría de mujer (heterosexual), que al igual que como tantas otras categorías como la raza, no era natural.

> Esto supone decir que para nosotras no puede ya haber mujeres ni hombres, sino en tanto clases y en tanto categorías de pensamiento y de lenguaje: deben desaparecer políticamente, económicamente, ideológicamente. Si nosotros, las lesbianas y *gays*, continuamos diciéndonos, concibiéndonos como mujeres, como hombres, contribuimos al mantenimiento de la heterosexualidad (Wittig, 2016b: 57).

Pero ¿qué significó todo esto? Para las feministas materialistas francesas las mujeres serían entonces una clase social específica, esto suponía poner en el centro del análisis y cuestionamiento precisamente al sujeto del feminismo: *la mujer* —o mejor dicho *las mujeres*—.

> ¿Qué es la mujer? Pánico, zafarrancho general de la defensa activa. Francamente es un problema que no tienen las lesbianas, por un cambio de perspectiva, y sería impropio decir que las lesbianas viven, se asocian, hacen el amor con mujeres porque "la mujer" no tiene sentido más que en los sistemas heterosexuales de pensamiento y en los sistemas económicos heterosexuales. Las lesbianas no son mujeres (Wittig, 2016b: 58).

Se generó una fuerte respuesta y cuestionamientos dentro del feminismo, ya que la postura radical de Wittig posicionó a la heterosexualidad, no como una elección sexual, sino como un sistema político y un dispositivo ideológico del que todas las mujeres deberían salir para liberarse del mismo (Curiel y Falquet, 2005). La elocuencia argumentativa de Wittig, en éste y subsecuentes ensayos, logró que no se pudiera obviar el verdadero cuestionamiento de su enunciación: ¿qué implica ser mujer —para las mujeres—?, y si ¿la heterosexualidad realmente funge como un sistema político opresor de las mujeres?

> Lo que constituye a una mujer es una relación social específica con un hombre, una relación que hemos llamado servidumbre, una relación que implica obligaciones personales y físicas y también económicas (asignación de residencia, trabajos domésticos, deberes conyugales, producción ilimitada de hijos, etcétera), una relación de la cual las lesbianas escapan cuando rechazan volverse o seguir siendo heterosexuales (Wittig, 2016a: 45).

Puso la interrogante sobre la mesa, ¿cuál es el objeto/sujeto del feminismo? Ya no se conceptualizaba como un cuerpo, como una persona, como una ciudadana, sino como una clase. Wittig plantea que el sujeto del feminismo, las mujeres, no podrían liberarse nunca mientras continuaran asumiéndose dentro de esta categoría, y nombra a la lesbiana como aquélla que, renunciando a ser mujer —heterosexual—, logra liberarse de la opresión de clase:

> Así, una lesbiana debe ser cualquier otra cosa, una no-mujer, un no-hombre, un producto de la sociedad y no de la "naturaleza", porque no hay "naturaleza" en la sociedad. Rechazar convertirse en heterosexual —o mantenerse como tal— ha significado siempre, conscientemente o no, negarse a convertirse en una mujer, o en un hombre. Para una lesbiana esto va más lejos que el mero rechazo al papel de "mujer". Es el rechazo del poder económico, ideológico y político de un hombre (Wittig, 2016a: 37).

En este sentido, el feminismo —desde su frontera teórica— vuelve a retomar a la heterosexualidad y la desvincula de la normalidad absoluta; marca un nuevo paradigma en la historicidad del concepto mismo, que desde hacía casi un siglo había reinado como única identidad sexual deseable, y se había librado de la patologización y escrutinio médico, social y político, a diferencia de las demás identidades no hegemónicas.

Las feministas heterosexuales rechazaron fehacientemente la postura de las lesbianas feministas encabezadas por Wittig, lo que provocó que el movimiento lésbico feminista se separara definitivamente de aquel feminismo considerado universal —heterosexual—. Esta separación generada en 1981 entre las lesbianas radicales y el resto del movimiento feminista no fue generada únicamente por el pensamiento de Wittig, pero ciertamente su postura era contundente "más allá del análisis y la denuncia del régimen heterosexual; su propuesta es la completa destrucción del régimen heterosexual como sistema social" (Fuentes y Pineda, 2018: 221).

Otra autora que es fundamental en el análisis del concepto de heterosexualidad desde el feminismo fue la poeta Adrienne Rich, quien en 1980 publicó el ensayo *Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana*, que en un tono más amable, pero de igual forma contundente, ponía en evidencia que hasta entonces el trato dado al lesbianismo por la teoría

feminista había sido de una simple tolerancia, y explicitó la necesidad de hacer un análisis de la heterosexualidad como régimen político.

> La teoría feminista no puede permitirse por más tiempo el manifestar una simple tolerancia del lesbianismo como estilo de vida alternativo o aludir a las lesbianas meramente de cumplido. Se retrasa ya mucho la aparición de una crítica feminista de la orientación heterosexual obligatoria para las mujeres (Rich, 2001: 43).

Rich hace un análisis de los textos bien recibidos por los grupos feministas, en donde la ausencia de referencias al lesbianismo o, en su defecto, la mala representación o interpretación del mismo, reforzaba la idea de la heterosexualidad como la identidad sexual de la *mayoría de las mujeres* (Rich, 2001).

> Mujeres de todas las culturas y a lo largo de la historia han acometido la tarea de llevar a cabo una existencia independiente, no heterosexual, conectada con mujeres, hasta el límite que haya permitido su contexto, a menudo creyendo que eran las únicas que lo habían hecho. Han acometido esta tarea aunque pocas mujeres han tenido una situación económica que pudiera permitirles el lujo de rechazar abiertamente el matrimonio (Rich, 2001: 47).

De esta forma Rich perfila cómo la elección heterosexual no puede ser considerada libre, mientras que exista desigualdad en la división sexual del trabajo, así como la persecución de las mujeres que rechazaban el matrimonio y el control masculino de las leyes y la religión. Hace un recorrido por los distintos métodos, algunos visibles y otros ocultos, en que el poder masculino se manifiesta y sostiene; afirma que son "grupos de fuerzas que han convencido a las mujeres de que el matrimonio y la orientación sexual hacia los hombres son componentes inevitables de sus vidas, aunque sean insatisfactorios u opresivos" (Rich, 2001: 51).

Esto es clave, puesto que rompe y cuestiona que aquello que se entiende como una inclinación natural y un instinto que atrae a mujeres hacia los hombres está, en su decir, permeado por todas las formas encubiertas de socialización y por la institución creada por los hombres, *la heterosexualidad obligatoria*, que en el fondo lo que hace es inocular e invisibilizar los impulsos emotivos y profundos entre mujeres.

> Como si, a pesar de los profundos impulsos emotivos y las complementariedades que impulsan a las mujeres hacia otras mujeres, hubiera una inclinación heterosexual místico-biológica, una preferencia o elección que atrae a las mujeres hacia los hombres. Lo que es más, se entiende que esta preferencia no necesita explicación, a no ser mediante la tortuosa teoría del complejo femenino de Edipo o de la necesidad de reproducir la especie. Es la sexualidad lesbiana, la que se ha percibido como necesitada de explicación (Rich, 2001: 48).

De esta forma, Rich continuaba invitando a cuestionar la heterosexualidad obligatoria, cuyas consecuencias llevarían a sostener el derecho emocional, físico y económico de los hombres sobre las mujeres. Para Rich es indispensable que sean las mujeres heterosexuales quienes se cuestionen sobre la heterosexualidad obligatoria:

> El supuesto de que "la mayor parte de las mujeres son heterosexuales de forma innata" permanece como un obstáculo teórico y político para el feminismo […] no analizar la heterosexualidad como institución es como no admitir que el sistema económico llamado capitalismo o el sistema de castas del racismo se mantienen por una variedad de fuerzas, entre las que se incluyen tanto la violencia física como la falsa conciencia (Rich, 2001: 58).

Rich considera fundamental para el feminismo generar un lazo y una comunicación entre lesbianas y feministas heterosexuales, y considera que, justamente, es la institución de la heterosexualidad obligatoria lo que limita continuamente este vínculo tan necesario para todas las mujeres, haciéndolas enemigas. Su análisis profundo desmonta y manifiesta que la heterosexualidad es una función política que permite al estado y al patriarcado sostenerse. Finalmente, Rich se posiciona contundentemente casi al final de su escrito, como lo hiciera Monique Wittig, y nombra a la heterosexualidad obligatoria como una mentira que afecta al feminismo y perpetúa la dominación de las mujeres.

> La mentira mantiene a innumerables mujeres psicológicamente atrapadas intentando acomodar su mente, espíritu y sexualidad a un texto prescrito porque no pueden mirar más allá de los parámetros de lo aceptable […]. La mentira tiene muchas capas. En la tradición occidental, una capa —la romántica— sostiene que a las mujeres les atraen los hombres de manera inevitable, aunque precipitada y trágica; que, incluso cuando esa atracción es suicida, sigue siendo todavía un imperativo orgánico. En la tradición de las ciencias sociales se man-

> tiene que el amor primario entre los sexos es "normal"; que las mujeres necesitan a los hombres como protectores sociales y económicos, para la sexualidad adulta y para completarse psicológicamente; que la familia heterosexualmente constituida es la unidad social básica (Rich, 2001: 66).

De esta forma la problematización de la heterosexualidad obligatoria para las mujeres, como institución opresora de las mismas, quedó de manifiesto, y la teoría feminista se posiciona definitivamente como la primera en cuestionar este supuesto.

> Mediante sus planteamientos (Rich), mostró que es indispensable comprender la heterosexualidad para analizar las condiciones de vida y desarrollo de las personas […]. Rich caracteriza la heterosexualidad como una institución política; vista de esta manera, permite comprender cómo se ejerce el poder sobre las mujeres mediante la regulación y el control de su sexualidad (Fuentes y Pineda, 2018: 221).

La feminista estadounidense Gayle Rubin se sumó al análisis de la heterosexualidad en 1989 en su texto *Reflexionando sobre el sexo: Notas para una teoría radical de la sexualidad*, donde introduce su visión acerca de cómo la posibilidad homosexual rompe con los paradigmas establecidos, y cómo la sociedad normalmente considera una suerte de esencialismo sexual, en el cual la heterosexualidad pareciera la única norma posible y deseable. "El esencialismo está profundamente arraigado en el saber popular de las sociedades occidentales, que consideran al sexo como eternamente inmutable, asocial y transhistórico" (Rubin, 1989: 130).

Su propuesta en este ensayo apuntaba a una teoría radical del sexo, que pusiera de manifiesto la existencia de jerarquías de las identidades sexuales, así como de las prácticas sexuales. Rubin enfatiza la idea de que las prácticas sexuales tienen preponderancia sobre el estatus social.

> Las sociedades occidentales modernas evalúan los actos sexuales según un sistema jerárquico de valor sexual. En la cima de la pirámide erótica están solamente los heterosexuales reproductores casados. Justo debajo están los heterosexuales monógamos no casados y agrupados en parejas, seguidos de la mayor parte de los demás heterosexuales. El sexo solitario flota ambiguamente. […] Las parejas estables de lesbianas y *gays* están en el borde de la respetabilidad, pero los homosexuales y lesbianas promiscuos revolotean justo por encima de los grupos situados en el fondo mismo de la pirámide (Rubin, 1989: 136).

En la escala propuesta por Rubin, las lesbianas y homosexuales quedaban fuera de las jerarquías valoradas como buenas o positivas,[15] y eran mayormente aceptadas como minoría; mientras tanto, tenían el mayor *estatus* y aceptación social aquéllas que cumplían con el modelo heterosexual: estables, monógamas, entre personas de igual edad y sin prácticas fetichistas o sadomasoquistas.

Problematizar la heterosexualidad

El pensamiento de Wittig fue llegando a la academia y a la divulgación científica después de los años noventa a través de la relectura realizada por Judith Butler, filósofa norteamericana, quien en su texto *El género en disputa* (1990), plantea entre otras cuestiones, desmontar el sistema sexo/género desde la postura de que no sólo el género es construido socialmente, sino el sexo también. Butler dedica un capítulo exclusivo para realizar un análisis crítico de la postura de Wittig, "Puesto que esa categoría —sexo— es el constructo naturalizado que hace parecer inevitable la institución de la heterosexualidad normativa, la violencia textual de Wittig se efectúa contra esa institución, y no fundamentalmente por su heterosexualidad, sino por su obligatoriedad" (Butler, 2007: 250).

Butler desmenuza sus argumentos y, sobre todo al final del capítulo, emite una reflexión sobre si los objetivos de la postura radical de Wittig se cumplen en realidad. O si de alguna forma al sostener como excluyente la categoría heterosexual, está repitiendo un patrón de imposición y afianzando la misma categoría que pretende excluir.

> Resulta paradójico que esa exclusión instaure justamente la relación de dependencia radical que intenta vencer: el lesbianismo entonces exigiría la heterosexualidad. El lesbianismo que se define en exclusión radical de la heterosexualidad se despoja de la capacidad de otorgar nuevos significados a los mismos constructos heterosexuales mediante los cuales se conforma parcial e inevitablemente. Como

[15] Clasificaba como sexualidad buena —normal, natural, agradable y sagrada— aquella que era heterosexual, dentro del matrimonio, monógamo, con fines de reproducción, en parejas, en una relación estable, en miembros de la misma generación, en privado, no comercial, sin juguetes sexuales ni pornografía y de matices *vainilla* o suaves. Y entraban dentro de la sexualidad mala (anormal, antinatural, maldita) aquélla que era homosexual o fuera del matrimonio, promiscua, sin fines de reproducción, comercial, la masturbación, las relaciones en grupo, intergeneracionales, la pornografía, con juguetes sexuales o dentro del sadomasoquismo (Rubin, 1989).

> consecuencia, esa estrategia lésbica afianzaría la heterosexualidad obligatoria en sus formas opresoras (Butler, 2007: 253).

Así, Butler intenta esbozar una vía radical para salir de lo que llama una *matriz heterosexual*, buscando nuevas alternativas para la construcción de la identidad sin tener que imponer una nueva, como la lesbiana de Wittig. La lectura de Butler enfatiza la imposición del binarismo tanto sexual como genérico y cuestiona la heterosexualidad impuesta desde esta óptica.

> Butler hace derivar el género de la —imposición de la— heterosexualidad. La heterosexualidad es una norma cultural superimpuesta al individuo a través de la sanción cultural y del tabú. La heterosexualidad es una obligación cultural y producto también de la ingeniería cultural. La heterosexualidad obliga a la existencia de —sólo— dos tipos de humanos, mujeres y hombres: dos sexos, dos géneros, que se complementan "naturalmente" y "naturalmente" se desean (Suárez, 2006: 147).

Sin entrar más a detalle en la teorización filosófica de Butler, que no es el objeto del presente trabajo, ciertamente se puede decir que su postura reorientó el quiebre epistemológico iniciado por Wittig hacia una nueva línea de pensamiento, el pensamiento *Queer*.

> La teoría *queer* también busca denunciar (y desestabilizar) la heteronormatividad (casi siempre implícita e invisible) mediante la sexualización (paródica) de las realidades cotidianas como ir a clase, comer o sacar a pasear al perro. La teoría *queer* redescubre (ochenta años después de que lo hiciera George Herbert Mead) que la identidad es un proceso y que es un producto social (Guasch y Viñuales, 2003: 15).

Es aquí donde el desarrollo posterior de la teoría de Wittig, después de *El pensamiento heterosexual,* toma dos rumbos distintos: por un lado, el feminismo *queer* enfocado en el análisis de la heteronormatividad (la heterosexualidad hegemónica) y la crítica a una política de la identidad; y por el otro el afianzamiento de la postura del feminismo lésbico radical que Wittig pretendía instaurar, con la figura de *la lesbiana* como protagonista. Para la feminista lesbiana Aránzazu Hernández Piñero, es importante entender esta diferenciación:

> El feminismo lesbiano inició y desarrolló el análisis de la heterosexualidad como institución y lo hizo estableciendo un estrecho vínculo entre la heterosexualidad obligatoria y la subordinación

> de las mujeres, es decir, entre sexualidad y género. En este sentido el feminismo *queer* tiene una deuda, en pocas ocasiones reconocida con el feminismo lesbiano […] observó un desplazamiento del papel de la dominación masculina en el contexto de la heterosexualidad institucionalizada. El hecho de que apenas se utilice el término *heterosexualidad obligatoria* y se empleé frecuentemente el de heteronormatividad, me parece un signo de este desplazamiento (Hernández, 2014: 96).

Pareciera entonces que la función política del feminismo *queer* y lesbiano no es necesariamente la misma; sin embargo, ambos han insistido en sostener la heterosexualidad como un problema digno de análisis, dentro de la teoría feminista; y en ese punto es que coinciden y desde el cual se han derivado los posteriores estudios feministas acerca de la heterosexualidad y otras identidades sexuales.

En términos del feminismo *queer*, el planteamiento elevaría la cuestión a proponer nuevos modelos de formación de las identidades. "Se reivindicaría el derecho a practicar un sexo anormal, perverso y antinatural como táctica de acción política" (López, 2003: 107), ya que, para lo *queer*, la homosexualidad y heterosexualidad serían igualmente opresoras en cuanto a fundantes de una categorización jerarquizada.

Conclusiones

A pesar de los postulados más actuales, resulta importante reconocer que fue principalmente a través de los textos de Wittig, Rich, Rubin, y otras teóricas feministas que se evidenció la profundidad en que las lesbianas feministas cuestionaron —y cuestionan— al sistema patriarcal al poner a la heterosexualidad bajo una nueva luz analítica. Al cuestionar sus efectos, función y estructura, en vez de mantener sin revisión el proceso histórico, político y social que la había instaurado como lo natural y normal; denunciaron elocuentemente por qué las otras identidades suelen ser invisibilizadas al ser consideradas como desestabilizadoras de la hegemonía; pusieron en evidencia cómo la creencia en la ineluctabilidad de la heterosexualidad hizo que ésta no necesitara durante mucho tiempo ni tan siquiera ser enunciada (Hernández, 2019).

El transfeminismo, el postfeminismo y la teoría *queer* han seguido desarrollando postulados que transgreden y trascienden las identidades sexuales dicotómicas. Esto podría interpretarse como el fin de la necesi-

dad de cuestionar la función política de la heterosexualidad; sin embargo, coincido con Beatriz Gimeno, quien insiste en sostener que el debate y cuestionamiento desde el feminismo, hacia la heterosexualidad y su función política, es actual y es urgente:

> Las feministas heterosexuales tienen que insistir, como en los sesenta y setenta, en criticar las opresivas oposiciones que atan identidad de género a sexualidad, vía heterosexualidad. Todas las feministas podían, y estratégicamente debían, participar en los intentos de subvertir los significados de "heterosexualidad", entendiendo que no se trata de abolir dicha práctica sino sus significados de desigualdad (Gimeno, 2014: 14).

El mensaje es claro: no cuestionar la heterosexualidad puede tener graves consecuencias para las mujeres. "El efecto es la instauración de la heterosexualidad obligatoria y el rechazo de la homosexualidad, la invención e imposición de lo masculino y femenino, y la constricción de la sexualidad femenina" (Suárez, 2013: 35).

Y no sólo eso, podemos constatarlo en problemas que siguen siendo pertinentes al feminismo, tal como lo es el amor romántico heterosexual como la base de la invisibilización de la violencia de género, de la aún vigente maternidad obligatoria, del sexismo ambivalente y benévolo, y de las nuevas formas en que los micromachismos aún logran ocultarse de la mirada social bajo la consigna de que así es y siempre ha sido.

La historia nos permite recordar que no siempre ha sido así, y en eso recordamos por qué *La historia de la sexualidad* de Foucault fue y es un texto paradigmático. La historia de la heterosexualidad debe ser recordada, eso lo tienen claro las lesbianas feministas, ya que es justamente su olvido lo que sigue perpetuando su poder opresor, y la imposibilidad de salir de la matriz identitaria que nos limita a un contexto histórico, político y sumamente patriarcal.

La posibilidad de deconstruir la identidad, reconociendo su carácter posterior y no innato, podría tener efectos, tarde o temprano, sobre la forma en que nos reconocemos y nos presentamos como parte de un sistema social y político, permitiendo, en el sentido más utópico, nuevas posibilidades identitarias en las generaciones futuras.

Referencias bibliográficas

Burgos, E. (2013). El escándalo de lo humano: Lesbianas y mujeres. En: Suárez Briones, Beatriz (ed.), *Las lesbianas (no) somos mujeres: En torno a Monique Wittig* (pp. 51-84). Barcelona: Icaria.

Butler, J. ([1990] 2007). *El género en disputa*. Barcelona: Paidós.

De Beauvoir, S. ([1949] 2000). *El segundo sexo.* Vol. II La experiencia vivida. Madrid: Ediciones Cátedra.

Curiel, O. y Falquet, J. (2005). Introducción. En: O. Curiel y J. Falquet (coord.), *El patriarcado al desnudo. Tres feministas materialistas francesas* (pp. 1-18). Buenos Aires: Brecha Lésbica.

Ellis, H. ([1900] 2004). *Studies in the Psychology of Sex.* Vol. II, 3ª ed. Estados Unidos: Project Gutenberg.

Friedan, B. ([1963] 2009). *La mística de la feminidad*. Madrid: Cátedra.

Fuentes, A. y Pineda, Y. (2018). Pensamiento y movimiento lésbico en México. En: Eva Alcántara y Hortensia Moreno (eds.), *Conceptos clave en los estudios de género* (pp. 215-231). Vol. 2. México: UNAM.

Guasch, O. (2007). *La crisis de la heterosexualidad*. 2ª ed. Barcelona: Laertes.

Guasch, O. y Viñuales, O. (2003). Sociedad, sexualidad y teoría social: La sexualidad en perspectiva sociológica. En: Oscar Guasch y Olga Viñuales (eds.), *Sexualidades. Diversidad y control social* (pp. 9-18). Barcelona: Bellaterra.

Hernández, A. (2014). Llámame lesbiana. En: Beatriz Suarez Briones (ed.), *Feminismos lesbianos y queer: Representación, visibilidad y políticas* (pp. 91-104). Madrid: Plaza y Valdés.

Hernández, A. (2019). Aquí y ahora: La noción de contrato social en el lesbianismo materialista de Monique Wittig. En: *Investigaciones Feministas*, 10(1), pp. 27-44. Madrid: Universidad Complutense.

Katz, J. ([1990] 2012). *La invención de la heterosexualidad*. J.L. Cisneros Trad. 2ª edición. México: Ta Erotika.

López, S. (2003). La legitimación y reivindicación de las prácticas sexuales no normativas en la teoría *queer*. En: Oscar Guasch y Olga Viñuales (eds.), *Sexualidades. Diversidad y control social* (pp. 105-124). Barcelona: Bellaterra.

Radicalesbians ([1970] 2009). La mujer identificada con mujeres. En: Rafael Mérida (ed.), *Manifiestos gay, lesbianos y queer: Testimonios de una lucha (1969-1994)* (pp. 75-82). Barcelona: Icaria.

Rich, A. ([1980] 2001). Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana. En*: Sangre, pan y poesía. Prosa escogida. 1979-1985* (pp. 41-86). Barcelona: Icaria.

Rubin, G. (1989). Reflexionando sobre el sexo. Notas para una teoría radical de la sexualidad. En: Carole Vance (comp.), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina* (pp. 113-190). Madrid: Talasa Ediciones.

Saavedra, C. (2006). El informe Kinsey. En: *Índice. Revista de Estadística y Sociedad,* 15, pp. 20-23.

Suárez, B. (2006). Feminismos del siglo XXI. En: *Lectora: revista de dones i textualitat* (12), pp. 145-152.

Suárez, B. (2013). Cuando las lesbianas éramos mujeres. En: Beatriz Suárez Briones (ed.), *Las lesbianas (no) somos mujeres: En torno a Monique Wittig* (pp. 15-50). Barcelona: Icaro.

Suárez, B. (2014). Feministaslesbianasqueer. En: Beatriz Suárez Briones (ed.), *Feminismos lesbianos y queer: Representación, visibilidad y políticas* (pp. 17-36). Madrid: Plaza y Valdés.

Wittig, M. (2016a). No se nace mujer. En: J. Sáez y P. Vidarte (Trads.), *El pensamiento heterosexual y otros ensayos* (pp. 33-46). 3ª ed. Madrid: Egales.

Wittig, M. (2016b). El pensamiento heterosexual. En: J. Sáez y P. Vidarte (Trads.), *El pensamiento heterosexual y otros ensayos* (pp. 47-58). 3ª ed. Madrid: Egales.

Yébenes, Z. (2018). Heterosexualidad. En: Eva Alcántara y Hortensia Moreno (eds.), *Conceptos clave en los estudios de género* (pp. 123-135). Vol. II. México: CIEG-UNAM.

Referencias Web

Burgos, E. y Hernández, A. (2009). El deseo lesbiano como potencia feminista. En: *Coordinadora Feminista.* Consultado el 20 de septiembre de 2019. Disponible en http://www.feministas.org/el-deseo-lesbiano-como-potencia.html

Gimeno, B. (2014). Hacia una agenda sexual (hetero)feminista. En: *Pikara Online Magazine.* Consultado el 15 de febrero de 2020. Disponible en https://www.pikaramagazine.com/2014/01/hacia-una-agenda-sexual-heterofeminista/

Andrea Ávila De Garay

Mexicana. Maestra en psicoterapia psicoanalítica por el Centro de Estudios de Posgrado en Salud Mental. Colabora en el área de investigación de la Organización Musas de Metal, Grupo de Mujeres Gay, A.C. Líneas de investigación: vivencias y percepciones de heterosexualidad en mujeres, invisibilidad lésbica en el imaginario social, identidad de género en la heterosexualidad.

Correo electrónico: aviladegaray@hotmail.com

Recepción 25/09/19
Aprobado 02/03/20



Para robarte un beso, 2019 | de Sofía Hernández